

buen parecer, llamada Aldonza Lorenzo, á quien jamás le reveló su amor y que tuvo título de señora de sus pensamientos, por lo cual vino á llamarse Dulcinea del Toboso, nombre místico y peregrino y significativo como todos los demás que á él y á sus cosas habia puesto. Y no cumpliera Ignacio todos los rasgos de una vida caballeresca, si despues de haber mirado al amor, no mirara tambien á la guerra. Así, cielo y mundo, espacios visibles y espacios invisibles, eran á sus ojos como un campo infinito de batallas eternas empeñadas entre el mal y el bien. Dos guerreros se apercibian á ir á las manos, ceñido de todas armas; el uno, Cristo, desde su fortaleza de Jerusalem, y el otro, Satanás, desde su fortaleza de Babilonia. Cristo era un general, un emperador que, coronado y triunfante, con cetro y espada, en presencia de la Virgen María y de toda su corte celestial, llamaba delante de sí á los mortales y les pedia que se inscribiesen ó en su milicia ó en la milicia del diablo, porque nadie podia quedar fuera del combate ni léjos de las dos banderas que cubrian con su luz la una y con su sombra la otra, todo el Universo. Concluia la Edad media, el feudalismo acababa, las órdenes monásticas se pervertian, las órdenes caballerescas se iban, la revolucion religiosa trastornaba todas las antiguas creencias, los Reyes ocupaban el antiguo lugar de los Papas, los laicos asian los libros revelados y los interpretaban á su guisa, caíase á pedazos la tradicion eclesiástica y elevaban su vuelo á lo infinito el pensamiento emancipado y la emancipada conciencia. Cada hombre se creia un sacerdote de Dios y escuchaba como un oráculo divino á las voces de su razon independiente; y en este tiempo y á esta hora Ignacio se alza con ánimo resuelto de volver el mundo hácia atrás, hácia la autoridad, hácia la tradicion, hácia el convento, hácia el clero, hácia la disciplina, hácia la obediencia, hácia el aniquilamiento individual, hácia las estirpes jerárquicas del mundo antiguo en ruinas, hácia la feudal caballería; reaccion inmensa que necesitaba y pedia un inmenso esfuerzo.

Imaginóoslo en la cueva de Manresa y al pié de Montserrat, cubierto con saco grosero, ceñido con sogas de esparto, el bordon de peregrino en la mano, los piés descalzos, las uñas crecidas, la barba luenga y despeinada, el hermoso cabello rubio que antes caia en rizos desde su casco, enmarañado sobre las espaldas, secos y ardientes los ojos, pegada á los huesos la piel, el color

pálido, los nervios estremecidos, los huesos de sus piernas y de sus piés descoyuntados, disciplinándose reciamente al dia tres veces, haciendo siete horas de oracion diarias despues de haber oido misa y cantado vísperas y completas, sin comer carne ni beber vino, á pan y agua constantemente, en abstinencias y ayunos continuos, en vela por la noche, con el suelo por cama, marchito y debilitado al rigor de tan áspera existencia, y decidme luego si á las mientes no vienen los rigurosos ejercicios que allá en Sierra Morena, otro caballero de distinta índole, pero de igual exaltacion, emprendia contra los hechizos y contra los encantamientos.

La reaccion hácia los ideales de la Edad media tenia ya su organizacion y su apóstol. Muchas veces, la inmensidad de su obra le abrumaba con su pesadumbre. Muchas veces solia interrogarse á sí mismo respecto á todo cuanto estaba haciendo. El recuerdo de su vida pasada le venia con facilidad á las mientes y le daba con sus locuras actuales en rostro. Paje de la brillante corte castellana, ¿cómo habia caido en aquella hediondez y bajeza? Cuando antes vistiera brocados y terciopelos y tisúes, ¿cómo andaba tan pobre ahora y tan aviltadamente vestido? Despues de haber ido á Granada, despues de haber visitado desde los palacios mudejares de Sevilla hasta las fortalezas de Toledo con sus reyes, despues de haber estado en el ejército imperial con toda la nobleza española, ¿cómo trataba esta gente vil cuyo trato escurecia y apocaba la nobleza de su linaje? Los muchos pensamientos contrarios á su vocacion que le asaltaban de continuo el ánimo, decíanle que viviria en aquella miseria setenta años aun concluyendo por disgustarse y desabrirse de sí mismo. A tales asaltos sobrevéniale horrible y desconsoladora tristeza. El remordimiento de sus pecados antiguos le nublabá la mente y le hacia perder casi el juicio. Aunque confesaba todos los dias, en sus congojas imaginaba que la confesion aquella no valia, por haber olvidado alguna falta ó circunstancia de esta falta. Con los estímulos de tales pensamientos, la congoja le amargaba tanto que ni le servia de reposo la oracion, ni de alivio la vigilia, ni de remedio la penitencia, ni de áncora la fe, ni de refugio la Iglesia; y entre las olas amargas de sus dolores y bajo la corona espinosa de sus aprensiones, solo tenia un consuelo: allegarse al pié del altar y recibir el Santísimo Sacramento. A veces daba tan grandes alaridos que parecia un náufrago clamando

al pié de los escollos y entre los oleajes de la tormenta sin que nadie, por el fragor y oscuridad de los torbellinos, ni en el cielo ni en la tierra, viera sus lágrimas ni oyera sus lamentos. Así juró, pertinaz en su doble imitacion de los caballeros y de los santos, no comer ni beber hasta encontrar la paz tan deseada de su alma. Y en este propósito guardó siete dias enteros tan completamente el ayuno, que no entró cosa alguna, ni vegetal ni animal, por su boca, tan desacostumbrada ya del alimento, que al concluirse aquel septenario, parecia como de piedra y todo su cuerpo como un frio y rígido cadáver. Hé aquí la reaccion. Para matar la libertad, comienza por el suicidio.

CAPITULO VI

EJERCICIOS ESPIRITUALES DE SAN IGNACIO

Ni el ayuno, ni la penitencia, ni la oracion, ni la eucaristía misma, sosegaban el ánimo desasosegado de Ignacio. Cuanto mas empeño ponía en combatir sus internos escrúpulos, mas estos le combatían; y despues de vencer su resistencia, le anonadaban á su furioso empuje. Iba el santo á los piés de su confesor, decia todos los secretos de su conciencia, y no alcanzaba, no, el deseado sosiego. A pesar de que la obediencia estaba entre las primeras virtudes de su moral y entre las primeras prácticas de sus ejercicios, no podia obedecer. Entonces comprendió que Satanás y Cristo se daban una batalla cruentísima en su espíritu como en el cielo y en la tierra, como en el Universo físico y en el Universo espiritual. Y comprendiendo esto, resolvió poner á servicio de Cristo y en contra de Satanás todos sus actos y todos sus pensamientos, con cuya resolucion halló la paz del alma, por tanto tiempo deseada y nunca, en su torva existencia, conseguida. Holgóse, pues, el buen penitente de haberse granjeado el galardón de la tranquilidad espiritual, y comenzó á meditar en los problemas metafísicos del Cristianismo.

Pensó primero en la Santísima Trinidad, á la cual instó con tanto empeño y rezó con tanto fervor, que logró la revelacion externa de sus internos misterios, apareciéndosele, segun el dicho de sus discípulos, como tres teclas distintas que producen un solo sonido. Arrodillado en la iglesia de los dominicos de Manresa, como un dia viera la hostia sublime alzarse con mas resplandores que nunca, llegó á comprender el dogma de la doble naturaleza de Cristo, divina y humana, en aquella especie de pan, donde se contenía la